

VIANA, JAVIER DE (1868-1926).

LA TÍSICA

Yo la quería, la quería mucho a mi princesita gaucha, de rostro color de trigo, de ojos color de pena, de labios color de pitanga marchita.

Tenía una cara pequeña, pequeña y afilada como la de un cuzco; era toda pequeña y humilde. Bajo el batón de percal, su cuerpecito de virgen apenas acusaba curvas ligerísimas: un pobre cuerpo de chicuela anémica. Sus pies aparecían diminutos, aun dentro de las burdas alpargatas; sus rnanos desaparecían en el exceso de manga de la tosca camiseta de algodón.

A veces, cuando se levantaba a ordeñar, en las madrugadas crudas, tosía. Sobre todo, tosía cuando se enojaba haciendo inútiles esfuerzos para separar de la ubre el ternero grande, en el “apoyo”. Era la tisis que andaba rondando sobre sus pulmoncitos indefensos. Todavía no era tísica. Médico yo, lo había constatado.

Hablaba raras veces y con una voz extremadamente dulce. Los peones no le dirigían la palabra, sino para ofenderla y empurpurarla con alguna obscenidad repulsiva. Los patrones mismos — buenas gentes, sin embargo — la estimaban poco, considerándola máquina animal de escaso rendimiento.

Para todos era “La Tísica”.

Era linda, pero su belleza enfermiza, sin los atributos incitantes de la mujer, no despertaba codicias. Y las gentes de la estancia, brutales, casi la odiaban por eso: el yaribá, el caraguatá, todas esas plantas que dan frutos incomedibles, estaban en su caso.

Ella conocía tal inquina y, lejos de ofenderse, pagaba con un jarro de “apoyo” a quien más cruelmente la había herido. Ante los insultos y las ofensas no tenía más venganza que la mirada tristísima de sus ojos, muy grandes, de pupilas muy negras, nadando en unas córneas de un blanco azulado que le servían de marco admirable. Jamás había una lágrima en esos ojos que parecían llorar siempre.

Exponiéndose a un rezongo de la patrona, ella apartaba la olla del fuego para que calentase una caldera para el mate amargo del peón recién venido del campo; o distraía brasas al asado a fin de que otro tostase un choclo... ¡Y no la querían los peones!

— La Tísica tiene más veneno que un alacrán — oí decir a uno.

Y a otro que salía envolviendo en el poncho el primer pan del amasijo, que ella le había alcanzado a hurtadillas:

— La Tísica se parece al camaleón; es el animal más chiquito y más peligroso.

A estas injusticias de los hombres, se unían otras injusticias del destino para amargar la existencia de la pobre chicuela. Llevada de su buen corazón, recogía pichones de “benteveo” y de “pirincho” y hasta “horneros”, a quienes los chicos habían destruido sus palacios de barro. Con santa paciencia los atendía en sus escasos momentos de ocio; y todos los pájaros morían, más tarde o más temprano, no se sabe por qué extraño maleficio.

Cuidaba los corderos guachos que crecían, engordaban y se presentaban rozagantes para aparecer una mañana muertos, la panza hinchada, las patas rígidas. Una vez pude presenciar esta escena.

Anochece. Se había carneado tarde. Media res de capón asábase apresuradamente al calor de una leña verde que se “emperraba” sin hacer brasas. Llega un peón:

— ¡Hágame un lugarcito para la caldera!

— ¿Pero no ve que no hay fuego?

— ¡Un pedacito!

— ¡Bueno, traiga, aunque después me llueva un aguacero de retos de la patrona!

Se sacrifican algunos tizones. El agua comienza a hervir en la pava. La Tísica, tosiendo, ahogada por el humo de la leña verde, se inclina para cogerla. El peón la detiene.

— Deje — dice —, no se acerque.

— ¿No me acerque? ... ¿por qué, Sebastián? — balbucea la infeliz, lagrimeando.

— Porque ... sabe ... para ofensa no es ... pero... ¡le tengo miedo cuando se arrima!

— ¿Me tiene miedo a mí?...

— ¡Más miedo que al cielo cuando refucila!..

El peón tomó la caldera y se fue sin volver la vista. Yo entré en ese momento y vi a la chicuela muy afanada en el cuidado del costillar, el rostro inmutable, siempre la misma palidez en sus mejillas, siempre idéntica tristeza en sus enormes ojos negros, pero sin una lágrima, sin otra manifestación de pena que la que diariamente reflejaba su semblante.

— ¿La hacen sufrir mucho, mi princesita?— dije por decir algo, y tratando de ocultar mi indignación.

Ella rio, con una risa incolora, fría, mala, a fuerza de ser buena, y dijo con incomparable dulzura:

— No, señor. Ellos son así, pero son buenos ... Y después ... para mi tos...

Un acceso de tos le cortó la palabra.

Yo no pude contenerme. Corrí. La sostuve en mis brazos, entre los cuales se estremecía su cuerpecito, mientras sus ojos, sus ojos de crepúsculo de invierno, sus ojos áridos, inmensamente negros, se fijaban en los míos con extraña expresión, con una expresión que no era de agradecimiento, ni de simpatía, ni de cariño. Aquella mirada me desconcertó por completo. Era la misma mirada, la misma, de una víbora de la Cruz con la cual, en circunstancia inolvidable, me encontré frente a frente cierta vez.

Helado de espanto, abrí los brazos. Y, antes que me arrepintiese de mi acción cobarde, cuando creía ver a la Tísica tumbada, falta de mi apoyo, la contemplé muy firme, muy segura, arrojando tranquilamente brasas al asado, siempre pálida, siempre serena, la misma tristeza resignada en el fondo de sus pupilas sombrías.

Turbado en extremo, sin saber qué hacer, sin saber qué decir, abandoné la cocina, salí al patio y en el patio encontré al peón de la caldera que me dijo respetuosamente:

— Vaya con cuidado, doctor. Ye le tengo mucho miedo a las víboras; pero, caso obligado, preferiría acostarme a dormir con una vibora crucera y no con la Tísica.

Intrigado e indignado a un tiempo, lo tomé por un brazo, lo zamarreé gritando:

— ¿Qué sabe usted?

El, muy tranquilo, me respondió:

— No sé nada. Nadie sabe nada. Colijo.

— ¡Pero es una infamia presumir de ese modo! — respondí con violencia —.

¿Qué ha hecho esta pobre muchacha para que la traten así, para que la supongan capaz de malas acciones, cuando toda ella es bondad, cuando no hace otra cosa que pagar con bondades las ofensas que ustedes le infieren a diario?

— Oiga, don... Decir una cosa de la Tísica, yo no puedo decir. Tampoco puedo decir que el camaleón mata picando, porque no lo he visto picar a nadie... Puede ser, puede ser, pero le tengo miedo... Y a la Tísica es lo mismo... Yo le tengo miedo, todos le tenemos miedo... Mire, doctor: a esos bichos chiquitos como el alacrán, como la mosca mala, hay que tenerles miedo...

Calló el paisano. Yo nada repliqué.

Pocos días después partí de la estancia y, al cabo de cuatro o cinco meses, leí de un diario este breve despacho telegráfico:

“En la estancia X... han perecido, envenenados con pasteles que contenían arsénico, el dueño Z..., su esposa, su hija, el capataz y toda la servidumbre, excepto una peona conocida por el sobrenombre de la Tísica”.

(De *Macachines*, 1912).

UNA PORQUERÍA

Amigos, pero entrañablemente amigos, eran Lindolfo y Caraciolo; amigos de aquéllos entre quienes carecen de valor las palabras tuyo y mío.

Si Lindolfo no encontraba su cinchón al ensillar, tomaba el de Caraciolo; si Caraciolo, en un apuro, hallaba más a mano el freno de Lindolfo, con él enfrenaba. Por eso andaban casi siempre con las "garras" misturadas.

Común de ambos eran los escasos bienes que poseían, siendo, como eran, humildes peones de estancia, y además, mocetones despreocupados y divertidos. Pero común de ambos era también el opulento caudal de sus corazones.

A pesar de esto llegaron a ser rivales. El caso ocurrió del modo siguiente:

Con motivo de una hierra fructuosa el patrón regaló un potrillo a cada uno de los peones. Lindolfo eligió un pangaré, Caraciolo eligió un overo. Un año después ellos mismos domaron sus pingos, y para probarlos decidieron una carrera por un cordero "ensillado", es decir, el almuerzo: un cordero al asador, el pan, el vino y lo demás.

Corrieron y ganó el overo.

Lindolfo no se dio por satisfecho y concertaron otra prueba, tiro igual, plazo de un mes.

Volvió a perder el pangaré, pero tampoco quedó convencido su dueño.

-Me has ganado por la largada.

-¡Que quiere, hermano! Cuando se corre un caballo hay que cerrar la boca y abrir los ojos. Aunque te advierto que no me vas a ganar ni haciendo vaca con el diablo.

-¿Querés jugarla pal otro domingo?

-¿Las mismas trescientas varas?

-De juro.

-Ta güeno.

Y el domingo siguiente corrieron con igual suerte. Esta vez Lindolfo quedó amoscado. No pudo, como antes, soportar impasible las burlas de su amigo. Este comprendió "que estaba demasiado caliente el horno y que había peligro de que se arrebatase el amasijo", y calló.

Si esa tardecita, cuando regresaban de la pulpería, Caraciolo hubiese rodado, quebrándose una pierna, Lindolfo quizás se hubiera alegrado, pero al día siguiente ya no conservaba ningún rencor, expulsado el despecho por el afecto fraternal que los unía.

A pesar de eso, Lindolfo no se resignaba a reconocer la inferioridad de su caballo, encontrando para cada derrota una causa justificativa y empecinándose cada vez más en tener el desquite. Si es al ñudo, hermano; -decíale Caraciolo;- su pangaré es mestizo con burro. -Lo veremos el domingo.

Aquel duelo divertía al pago entero. Domingo a domingo repetíase la prueba. Varias veces Caraciolo, condolido de la terquedad de su amigo, fue dispuesto a dejarse ganar; pero luego, en las excitaciones de las "partidas", la pasión lo dominaba y de nuevo era suyo el triunfo.

Un día, viendo que las cosas iban tomando mal cariz, Caraciolo dijo:

-Bueno hermano: esto ya es zoncera; no te corro más.

Lindolfo no podía conformarse. Alegó, protestó, rogó.

-La última pal domingo, y nada más.

-¿La última?

-Sí.

Quedó convenido. Lindolfo tuvo durante esa semana todos los cuidados imaginables, viviendo solamente para su caballo, que el día de la carrera se presentó en un estado admirable.

Cuando le quitó la manta, el paisanaje conocedor se manifestó admirado, y esa admiración llenó de alegría el alma de Lindolfo. Sin embargo, desde la primera partida empezaron las ofertas con usura, causándole verdadero dolor.

-¡Cinco a dos!

-¡Diez a tres!

-¡Tres a uno!

-¡Doy doble y luz al overo!...

Largaron. En balde Lindolfo despedazó su caballo a espuela y chicote: perdió. Al desmontar estaba densamente pálido. Anduvo un rato dando vueltas, sin saber lo que hacía, y concluyó por acercarse a Caraciolo. Un numeroso grupo rodeaba y elogiaba al overo.

-!Lo que es aura no corremo más! -dijo Caraciolo, poniendo cariñosamente la mano sobre el hombro de su amigo.

-No, no corremos más, -respondió éste con voz amarga y ronca. En seguida, como presa de un vértigo, sacó la daga y la hundió en el codillo del overo.

Caraciolo, asombrado, dio un paso atrás, mientras su caballo se desplomaba, pataleando.

-¡Qué has hecho?... -dijo.

Y, furioso, desnudó el cuchillo, se avalanzó sobre su amigo y antes de que nadie pudiera intervenir, Lindolfo caía con el cuerpo acribillado a puñaladas.

Preso, Caraciolo, mostróse resignado y tranquilo, confiando en la absolución.

-¡Quién había'e creer que Lindolfo juese capaz de hacerme esa porquería!... Porque ¡pucha! es porquería grande matarme el caballo, queriéndonos como nos queríamos!...